

solo se ha insertado aquí una pequeña parte, gustó mucho al señor Arleville, aunque no dejó de advertir en él algunas cosas demasiado triviales; mas no por eso dejó de alabar el buen uso del tiempo que habia hecho su hijo Enrique.—Has compuesto, le dijo, un tratado muy útil para tus hermanos y primos, por lo cual deseo que cada uno de vosotros aprenda cada semana un capítulo, ensayando al mismo tiempo sus lecciones prácticas como un actor estudia sus gestos y situaciones.

DIA TREINTA.

Pocos dias despues, el sábio Filberto referia á Enrique el apólogo siguiente, que segun dijo habia aprendido cuando era jóven.

LA SALUD Y LA ENFERMEDAD.

APOLOGO.

—¡Qué tienes tú que hacer aquí, malvada? dijo cierto dia la *salud* viendo á la *enfermedad* arrojarle sobre un cuerpo en que ella reinaba, trayendo por escolta la fiebre, el delirio y todos los males que aflijen á los hombres; ¡qué tienes tú que hacer aquí? Este sugeto á quien yo protejo, y que disfruta mis favores, está sa-

no, fresco, robusto y contento. Por qué, pues, quieres privarle de mi benigno influjo? ¿Tendrás ánimo bastante para responderme?—¿Qué ciega eres! le contestó la enfermedad; tu no sabes precaver nada, caminas muy segura y satisfecha por entre tinieblas, sin ver que la muerte te va siguiendo, acecha continuamente á tus favorecidos, y los devora en el momento que menos lo pensabas. Te digo que no tienes la menor penetracion cuando aseguras que este hombre está sano; sí, por ahora lo está; pero la sesta hora del día, será tal vez la última para él. Yo que tengo mas perspicacia que tú, me parece leer en lo futuro que antes que una hora haya pasado, ese hombre sufrirá un accidente que le privará de la vida. ¿No adviertes ese rostro encendido? ¿No percibes en él todos los síntomas de una próxima apoplejía? Apoderándome de su cuerpo le doy un aviso para que se prevenga, y tomé las precauciones de que viva olvidado: introduciré en sus entrañas una fiebre benéfica que disminuya la masa de su sangre, que consuma sus humores, y desobstruya sus vasos; y retirándome luego poco á poco, iré restableciendo el equilibrio en su sangre, en sus nervios, en todas las partes de su cuerpo, preservándole por este medio de una muerte repentina.—¿Insensata! y para precaver un mal imaginario é incierto, que ni tú ni yo podemos

impedir, le vas á causar una enfermedad real, dolorosa y larga, cuyas consecuencias no podrás adivinar, ni contener? Porque una vez apoderada de los flacos mortales, tus estragos son terribles, te deleitas con ellos, y por lo comun la muerte, la desapiadada muerte sigue mas bien tus pasos que los míos. Deja, pues, á ese hombre, y retírate.

Sin embargo, la *enfermedad* procuró enseñorearse de su presa; opúsose á ello la *salud*; arrojóse sobre su contraria queriendo expelerla, y se movió entre las dos un combate, del cual salió por desgracia triunfante la *enfermedad*. Apoderóse la malvada de aquel hombre infeliz, é introdujo en su cuerpo la fiebre segun lo habia manifestado; pero esta llegó á dominar al enfermo, postró las fuerzas del mal aventurado, aniquiló su sangre, y en fin, dió con él en tierra.

Huyó la *salud*, y derramando tiernas lágrimas, iba diciendo:—Ved aquí como para precaver de ordinario los males dudosos, se causan otros que son irreparables!

Este apólogo, ¿no puede aplicarse con toda exactitud al cuerpo político? Este lo pasa bastante bien; pero ciertos charlatanes le creen amagado de un gran peligro; se persuaden que podrán precaverlo, y para ello escitan funestas discordias. Otros tan buenos como ellos, aprovechándose de su error, como la fiebre de mi

apólogo, acaban de disolver los vínculos del cuerpo social para enriquecerse con sus despojos!

¡Oh! cuánto estrago causan en un estado los locos y los perversos; los que especulan con las ideas!...

Vióse interrumpido el sábio Filberto al decir estas palabras, con la llegada de Evaristo y de Alejandro que venian disputando entre sí con fogoso entusiasmo.—Qué teneis, hijos míos, les dijo el anciano, qué significa esa disputa acalorada? No podré yo saber el motivo?—Señor! respondió Alejandro, ahora diferimos de opinion en un punto, y cada uno defiende la suya. Voy á deciros sobre qué versa la cuestion; y me hareis el gusto de dar vuestra sentencia.—Pues bien, ya te oigo.—Danceval... ya le conocéis, es el nuevo dueño de la linda casita que está allá abajo... Ha venido hace poco á visitar á nuestros padres con sus dos hijos, Luciano y Julian. Estos dos jóvenes son mucho mas grandes que nosotros, y tienen por lo menos veintium años; Luciano ha sido educado por una tia suya que lo ha echado á perder; Julian recibió la educacion en casa de su padre, y por lo mismo es amable, cortés y oficioso. Por el contrario, Luciano es grosero, un payo que no sabe andar ni hablar, y si abre la boca es para decir majaderías. De aquí resulta que Lanceval, que

no está muy abundante, no sabe que hacer con este chico! Cuando presenta el otro á un ministro, á un preceptor, es bien acogido... y Julian goza ya un bonito empleo, que segun dicen, le servirá de escalon para llegar á puestos mas honoríficos. Pero su hermano..... á todos fastidia, no sabe granjearse amigos ni bienhechores, y si empobreciese no hallaria un bocado de pan que llevar á la boca, segun el mismo Lanceval lo ha dicho hablando en confianza con papá. Sin embargo, hay una gran diferencia en el génio de los dos jóvenes. Luciano tiene un corazon de una sensibilidad excesiva, y su franqueza raya en atropellamiento: dirá mil disparates á cualquiera, porque su mala educacion le hace arrebatar, y puede mas que él, pero tambien será el primero que consuele al afligido y socorra al necesitado; su bondad, su generosidad no tienen límites; ama mucho á sus padres, es honrado, íntegro y fiel; en dos palabras, es un mozo completo en cuanto á las prendas del corazon. El meloso Julian por el contrario, es disimulado, pérfido, malicioso, sin escrupulosidad, sin conciencia: es duro, insensible é hipócrita, y bajo la esterioridad mas amable oculta un mal corazon. Sin embargo, todos le quieren bien, todo el mundo le busca, á todos engaña, al paso que su hermano, porque no sabe agradar, molesta y es despreciado como un hom-

bre grosero y descortés. De esto veníamos hablando mi primo y yo. Evaristo prefiere á Julian, porque es mas amable que Luciano, y añade que á ser él un hombre poderoso, le tendria en su casa, porque su compañía debe ser muy apreciable. Yo no sigo este dictámen, y á Luciano es al que prefiero, porque las prendas del corazon valen mas para mí, que todo el brillante oropel de los cumplimientos y modales exteriores. Las virtudes son dignas de la estimacion general, al mismo tiempo que son aborrecibles la falsedad y el disimulo. En verdad, que si estos últimos vicios triunfan de la virtud, muy errados van los hombres, y á mi no se me ha inspirado nunca una moral tan corrompida. Este, pues, era el asunto de nuestra disputa, y ahora esperamos vuestro sábio parecer.

No tuvo el señor Filberto necesidad de pensar mucho para resolver esta cuestion, bastante nueva y delicada para unos muchachos.—Amigos míos, les dijo; ambos teneis razon; pero, es preciso deciros en qué y por qué. No hay duda que Luciano es preferible á Julian por su bella índole y excelente corazon; pero nunca llevará la preferencia, pues no basta estar adornados de buenas cualidades, si no se aprende á hacerlas brillar en la sociedad. Julian es pérfido y maligno, pero tiene amabilidad exterior: Luciano es bondadoso, pero tosco y sin gracia. El

mundo preferirá siempre defectos amables á virtudes urañas. Y quién causa, por ejemplo, entre Luciano y Julian esta notable diferencia? La educacion. Si Luciano juntase la cultura á su buen natural, seria mucho mas querido que su hermano, porque lo primero que percibimos es la exterioridad, y tardamos mas tiempo en apreciar el fondo del sugeto: por tanto, es forzoso reunir ambas cosas para no vernos pospuestos á un hombre de malos sentimientos, pero amable... Mirad; ya que he comenzado la mañana con apólogos, voy á referiros otro que viene muy al caso en la presente cuestion.

LOS DOS DIAMANTES.

Un diamante fino, pero en bruto, cubierto de tierra, viéndose colocado en casa de un joyero al lado de un diamante falso, pero cortado y abillantado, tuvo celos de él, y le dijo así:—De qué proviene que un pedazo de vidrio como tú, sea por ahora preferido á mí que soy de un valor mas precioso que el tuyo mil veces? Yo te he visto poco hace adornando la belleza, paseándote á los rayos del sol, á la llama de cien bugías; todavía deslumbras la vista

de los bobos que te contemplan, te admiran, y tal vez van á comprarte, al mismo tiempo que no hacen caso de mí, y que me consideran cual si fuese una vil piedrezuela. De qué procede, repito, esta injuriosa preferencia que te concede una turba de ignorantes?

El diamante falso, prudente y moderado, se contentó con responderle modestamente:—Amigo mio, es que yo estoy pulimentado, y tú estás en bruto. Luego que el lapidario te dé las mismas formas que á mí llamarás tú solo la atención de los curiosos, y yo no haré ningun papel; pero mientras llega ese tiempo, me permitirás que me luzca, mal que te pese; porque has de saber, querido, que no basta tener como tú un corazon precioso, sino que es menester desde luego deslumbrar la vista para que despues entre la estimacion.

—No os parece, hijos míos, prosiguió el sábio Filberto, que esta fábula se aplica perfectamente al carácter de Luciano y de Julian? El uno es el diamante fino, pero todavía por abrillantar, y el otro el pedazo de vidrio que ya lo ha sido. Dad, pues, mil gracias á vuestros padres que reunen en vosotros una sana educacion á los dones de la naturaleza. Ellos pulimentan el diamante fino con sus lecciones, inspirándoos cuanto necesitáis para brillar en la sociedad, y con el tiempo, si es que las aprovechais, no ha-

brá quien sea capaz de disputaros la estimacion, la amistad y el favor de los hombres.

En aquel momento fueron interrumpidos el sábio Filberto y sus tres oyentes por la llegada de los otros muchachos que reian y manifestaban suma ufanía.—De dónde venís? dijo Filberto.

La Linterna Mágica.

—Figuraos abuelito, contestó Eugenio, que entró en el zaguan un hombre con una linterna mágica. La hemos visto y nos ha parecido interesante. Oid lo que representaban sus diferentes vidrios.

Primero. Una chusma de nodrizas que llevaban chiquillos recién nacidos; entraban en una iglesia, y un sacerdote bautizaba á los niños... Segunda mutacion, los chiquillos crecen, juegan con sus carretoncillos, y apenas mal pronuncian algunas palabras. Luego nos parecieron tan grandes como nosotros, y jugaban de otro modo; se montaban en una caña como si fuesen á caballo en ella..... cambiaba la escena, y los picarillos ya parecían tan grandes

como Alejandro, y estaban en una escuela sentados delante de varias mesas ocupados en leer, en escribir ó en registrar diccionarios. Vaya otra mutacion: esos niños trasformados ya en jóvenes asisten en un colegio á la distribucion de premios, y les ponen en la cabeza guirnaldas de flores, y en la mano ramos de laurel... Otra mutacion: estos jóvenes mas crecidos ya que mi hermano Enrique, acuden vestidos unos al teatro, otros á un baile, se miran de piés á cabeza, enamóranse de sí propios, todo es placer.... La escena cambia: nuestros jóvenes tienen á lo mas treinta años; ya se presentan con mas decoro y sosiego, y al fin los vemos casarse en una iglesia con unas hermosas doncellas á quienes al parecer idolatran. Nueva perspectiva. Nuestros hombres casados ya, aparecen trabajando cada uno en su despacho; añaden números á números, cuentan y recuentan montones de dinero; qué gravedad! qué circunspeccion la suya! Entretanto, sus esposas dan el pecho á unas criaturitas que ellas enseñan á sus maridos, como si les dijeseu:—*Trabajad, haced fortuna que ya sois padres...*

Diferente mutacion... Estos padres aparecen con sus hijos ya crecidos... Paséanse con ellos por una galería de pinturas y van esplicándoles los asuntos que representan, hablando entre sí como verdaderos amigos. Una nueva decora-

cion de la linterna mágica nos presenta á estos buenos padres, ya muy viejos, apoyados en sus bastones, tosiendo, cabizbajos, caminando con lentitud, abrigados con vestidos lanudos, la cabeza que se supone calva, debajo de una enorme peluca; y en fin, deteniéndose en un jardín público para tomar el sol. La última escena nos presentó á estos ancianos achacosos, acostados en su lecho, donde fallecen asistidos de sus ancianas esposas, de sus hijos y de sus nietos. Así acabó la linterna mágica....

—En esta pintura, dijo Filberto, que tiene mucha moralidad se os ha presentado al hombre recién nacido, llevado y ayudado por su nodriza, solazándose despues con inocentes juguetes, trabajando mas adelante por instruirse, divirtiéndose luego en su juventud, y entregado á los placeres que proporciona esta dichosa edad. Cásase despues, llega á ser padre de familia, y solo piensa en adquirir caudales: cria y educa á sus hijos, los instruye, los acompaña como amigos y confidentes á los parajes en que pueda ilustrar su entendimiento. Llega por último á viejo, y muere recibiendo las bendiciones de su posteridad. Tal es el círculo de la vida humana que habeis recorrido en pocos minutos: el nacimiento y la muerte.... tal es el principio, y tal el fin del hombre! Pasa sobre la tierra y deja en ella señales de su existencia,

que aunque con el tiempo desaparecen, son el manantial de las generaciones. Así se ha establecido, se ha conservado y conservará el mundo por medio de la vida y de la muerte: nosotros hollamos los huesos de nuestros padres, y del mismo modo pisarán nuestros hijos nuestras insensibles cenizas!

DIA TREINTA Y UNO.

El señor Arleville tuvo que ir de nuevo á Paris por algunos dias, á negocios de importancia y decidió llevarse á la mayor parte de la familia.—Una mañana llevó á los cinco muchachos al admirable Instituto de Sordo-mudos de nacimiento, dirigido por el célebre abate Sicard! siendo su intento enternecer sus corazones, poniéndoles á la vista á otros seres de su edad, maltratados por la naturaleza. El abate Sicard, que por su natural afabilidad no deseaba mas que complacer á los buenos padres de familia, recibió á Arleville con las expresiones mas afectuosas, y llamando á todos sus discípulos, los presentó al padre y á los hijos, que nunca habian visto un espectáculo semejante. Eran los sordo-mudos de diferentes edades; y aquel vivo interés con que se reunen siempre unos muchachos con otros, apenas dejaba tiempo á los hi-